

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 12

Montevideo, Junio 25 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

LECTURAS EXTRANJERAS

OLIVE SCHREINER Y SU LIBRO « SUEÑOS »

Para J. E. Rodó.

En el Africa del Sur, donde boers é ingleses tiñen con su sangre las arenas de los áridos karroos (1), lejos, muy lejos de las nieblas de Inglaterra, nació Olive Schreiner, la ya afamada autora de las interesantes novelas « Historia de una Hacienda africana » y « El soldado Peter Halkett de Mashonaland », y de « Sueños », colección de fantasías á modo de parábolas. Su padre, cura luterano holandés, la educó en los estrechos límites de su austerísimo credo; pero ella, poco satisfecha de esa dogmática enseñanza, buscó en el estudio libre y sin trabas la luz que era el anhelo de su espíritu. En la « Historia de una Hacienda africana » — que es principalmente una autobiografía — relata magistralmente la autora, el proceso psicológico de la emancipación de su intelecto, — antes aprisionado en la estrecha celda de las creencias religiosas — y como se enseorea en la serena región de la libertad del pensamiento, donde no se divisan horizontes, y la luz, cualquiera que sea su procedencia, no halla obstáculos en su camino.

Adolescente aún, fué Olive Schreiner á Inglaterra, llevando no

(1) *Karroo*. Nombre que se da á las pampas arenosas en el Africa del Sur.

sólo un abundante bagaje de ambiciones y esperanzas, sino también el manuscrito de su primera novela, que sometió al imparcial criterio del veterano escritor Jorge Meredith; éste sugirió algunas modificaciones y declaró que la novela era excelente y merecía pronta publicación. Olive Schreiner llevó á cabo las alteraciones aconsejadas, y la dió á la publicidad, escondiendo su nombre, como otras muchas escritoras, bajo el varonil pseudónimo de *Ralph Iron*. La « Historia de una Hacienda africana », que es la novela aludida, alcanzó un éxito asombroso, pues mereció los aplausos de la crítica y los favores del público, que agotó rápidamente cien mil ejemplares.

« Sueños », su segundo libro, que sirve de tema á estos apuntes, vino á afirmar en breve la reputación literaria de la joven autora.

« Sueños » es una colección de fantasías y parábolas, escritas en lenguaje tan poético y armonioso, que no hacen la métrica y la rima para darles el título de palmas.

Sumamente breves, algunas, más extensas otras, todas encierran en sus frases de bíblica sencillez, pensamientos profundos, la resolución de alguno de los grandes problemas de la humanidad según la elevada concepción de la justicia, que tiene la autora.

No se crea, sin embargo, que esa sencillez de la frase y esa falta de oropeles de sus breves y armoniosos períodos corresponden siempre á igual sencillez en la concepción de los artículos que la autora ha bautizado con el nombre de « Sueños ». En algunos, es verdad, la idea salta inmediatamente, desnuda y hermosa, deshaciendo sus simbólicos atavíos como Venus la tenue filigrana de espumas, tendida sobre el mar. Pero otros — y en esto se diferencian de los « Poemas en Prosa » de Furgueneo, con los que tienen cierta analogía — hacen el efecto de ese ingenioso *laberinto árabe*, que actualmente se exhibe en algunas capitales europeas, que, con poquísimos recursos, unas cuantas columnas y espejos, confunde al que en él se interna, hasta el extremo de que no encuentra la salida, pues, aunque son muchas las puertas que se presentan á su vista, rara vez acierta con la verdadera. En esto practica Olive Schreiner la fórmula del arte que pone en boca de uno de los personajes de su novela « Historia de una Hacienda africana », quien, después de haber desarrollado una bellísima alegoría, tomando

como base, las casi informes figuras que un rústico muchacho ha labrado en un bloque de madera, dice al inconsciente y asombrado artista: «Toda esa historia no está aquí, pero está sugerida, y el atributo de todo verdadero arte — del más elevado ó del más bajo, — es que *diga más de lo que dice*, y nos eleve por encima de él. Es una pequeña puerta que se abre á una sala infinita donde uno puede encontrar lo que quiera... Tu pequeña talladura representa algunos hechos mentales como realmente son, luego en ella se pueden leer cincuenta historias igualmente verdaderas. No hace falta la verdad en tu obra, sino la belleza externa, que es la otra mitad del arte ».

Esa es la teoría del subjetivismo, á la que se ha puesto un dique racional en las últimas frases citadas, pues no es dudoso que, llevada á sus últimos extremos, puede ser causa de lamentables extravíos.

A diferencia de muchos escritores á lo Rimbaud, que consiguen sus efectos sólo con el artificio de las palabras, hábil y pacientemente combinadas, sugiriendo nada más que pasajeras impresiones de colores y sonidos, Olive Schreiner, con poquísimas palabras, despierta muchas ideas. Para expresar más gráficamente la antítesis que hay entre ambos modos de comprender el arte, compararía los procedimientos de aquéllos con los *affiches* del pintor austriaco. Mucha, — el protegido de Sarah Bernhardt, — recargados de primorosos dibujos puramente ornamentales, pero escasos en ideas, y los escritos de la autora sudafricana con los vigorosos y sugestivos *cartones* de Schneider, á pesar de que algunos de aquéllos adolecen de cierta vaguedad en los contornos, están como envueltos en una tenue niebla de misterio, difícil de rasgar, muchas veces. La idea se ha presentado, quizá, con timidez en la mente de la autora, pero ésta se ha complacido en ocultarla hábilmente para dar al lector el placer de descubrirla, y cumplir al mismo tiempo su precepto artístico de sugerir más de lo que dice.

Sería difícil, en estas breves líneas, dar una idea cabal de cada uno de los artículos que componen el libro de que me ocupo; pero voy á intentar una somera enumeración de los argumentos de los más interesantes de ellos.

El goce perdido cuenta de cómo el Amor-pasión, fruto del pri-

mer beso del Amor y la Vida, no puede resistir los sufrimientos y tribulaciones que éstos sufren en su áspera jornada por el mundo, y se transforma en la Simpatía, que es el Amor-Perfecto.

El Cazador relata la eterna persecución de esa « ave de blanco y plateado plumaje » que se llama la Verdad. El cazador, que simboliza el espíritu sediento de lo absoluto, se desprende de sus más queridas aves, que antes lo deleitaban con sus cantos, que decían: « ¡ Inmortalidad ! ¡ Un Dios humano ! y ¡ Recompensa después de la muerte ! », y, siguiendo el consejo de la Sabiduría abandona para siempre los valles de la Superstición, en medio de los insultos de sus semejantes que lo llaman loco y pretencioso, y, después de vagar en la Tierra de la Negación absoluta, resistiendo, as tentaciones de la Sensualidad, llega hasta las altas montañas lde la Realidad, cuya ascensión empieza por el camino que otros han abierto, pero éste pronto se concluye, y él tiene que ir labrando trabajosamente, grada por grada, y, cuando cree llegar á la cúspide, ve que se alza otra montaña, y otra, y otra, hasta que rendido y viejo, se tiende á morir sin lograr su objeto; pero, en ese último instante, divisa algo que baja de lo alto revoloteando lentamente, y se posa sobre su pecho. Es una pluma blanca. Sólo una pluma del ave misteriosa de la Verdad.

En *Los jardines del Placer* me parece encontrar una alusión á los sacrificios que el Deber obliga á hacer á las mujeres, arrancándoles los más caros afectos de su corazón.

Confieso que me es difícil desentrañar el verdadero sentido de *En un mundo lejano*. Se trata de una mujer que hace un gran sacrificio á una deidad, pidiéndole que conceda á su amante lo que pueda hacerlo más feliz, y la deidad lo aleja para siempre de ella, diciéndole que le ha concedido « que él pueda abandonarla ! » ¿ Ha querido aludir la autora á que la deidad ha dado fuerzas al amante para que pueda romper el yugo de la sensualidad ?

« Tres Sueños en el Desierto » son el pasado, el presente y el futuro del problema del feminismo, simbólicamente descritos. El pasado describe el estado de la mujer desde que el hombre amarró á su espalda con la faja de la Inevitable Necesidad el pesado fardo de la sujeción, allá en la edad del imperio de la Fuerza Muscular, hasta que el triunfo de la edad de la Fuerza Nerviosa cortó la faja

y la libertó del yugo. El presente relata su viaje al país de la Libertad, por las orillas del Trabajo y atravesando las aguas del Sufriamiento, sin otro apoyo en ese resbaladizo camino, donde tantos han caído para siempre, que el enroscadizo báculo de la Razón, pero sus esfuerzos aislados no serán suficientes para conseguir su propósito, y su cuerpo será arrebatado por la corriente, hasta que, cuando muchos cuerpos como el de ella hayan formado un puente, quede abierto el camino por donde pasará la humanidad entera. El futuro es cuando hombres y mujeres unidos estrechamente hagan juntos é iguales la jornada de la Vida.

Este último artículo está lleno de profundos pensamientos filosóficos alegóricamente desarrollados; así, pues, el argumento que acabo de bosquejar sólo puede dar de él una idea muy remota.

« El Secreto del Artista » es la historia de un pintor prodigioso cuyos cuadros tenían un brillo singular, que todos admiraban sin saber de dónde provenía. Sus rivales trataron de imitarlo leyendo viejos infolios para aplicar los procedimientos de los antiguos pintores ó comprando colores raros en remotos países, pero sus telas resultaban opacas y al poco tiempo quedaban descoloridas. Murió el famoso artista, muy pálido y débil, y todos fueron á examinar sus tiestos y utensilios creyendo encontrar algo extraño ó extraordinario, y no hallaron nada que ellos también no tuviesen. Pero, cuando fueron á enterrar el cadáver, vieron que tenía una herida en el pecho, una vieja herida cuyos bordes estaban ya endurecidos. Ese era el secreto del artista: había pintado sus cuadros con su propia sangre, por eso tenían ese brillo que todos admiraban. La moraleja es obvia.

Termina el libro con un sueño dantesco que revela la poderosa imaginación de la autora: Dios conduce el alma de ella á través del Infierno y del Cielo. Las alegorías y símbolos en este artículo tienen una fuerza asombrosa, y las que se refieren al Infierno rebosan amargas alusiones á las injusticias de la tierra. Como en el poema del inmortal florentino, el Infierno está descrito más vigorosamente porque es la pintura de los dolores terrestres y el Cielo es sólo una sublime conjetura de la fe ó de los sistemas filosóficos. En el caso de Olive Schreiner, en el último cielo, el alma de la autora y Dios se confunden, y sólo existe el Ritmo supremo.

Los «Sueños» de Olive Schreiner son, pues, como se habrá visto, pensamientos modernos — no todos propios — ataviados, por influencia de la primera educación de la autora, con el místico ropaje de las parábolas.

Las líneas precedentes sólo pueden dar al lector que haya tenido la paciencia de seguirme hasta aquí, una vaga idea de la autora y del libro que he intentado dar á conocer. No me he encontrado con fuerzas suficientes para hacer una crítica de las ideas y procedimientos que someramente he descripto. Otro con más preparación puede emprender esa tarea, de que por su talento y originalidad, es bien digna la gentil enemiga de Cecil Rhodes (1).

Carlos Ledgard,
Peruano.

Iquique, 16 de Mayo de 1900.

PLENILUNIO

Al Sultán Roberto de las Carreras.

En la célica alcoba reinaba
Un silencio de rosas dormidas,
De tímidas ansias, de ruegos callados,
De nidos sin aves, de iglesias en ruina;
Mas de pronto, se siente que salta,
Que salta agitado, que llama ó palpita,
El vital corazón de una virgen:
¡Campana de fuego que al goce convida!

En su lecho, de escarchas de seda,
Cual cisne entre lirios, la virgen dormía:
¡Eran alas de su ángel custodio
Los leves encajes del alba cortina!

(1) Olive Schreiner es hermana de Harberts Schreiner, primer ministro de la Colonia del Cabo, que últimamente con el apoyo de la Liga Africana, ha combatido la política de Mr Rhodes. El libro «El Soldado Peter Halhett» de Olive Schreiner ha tenido por objeto, también, combatir esa misma política.

En su boca entreabierta mostraba
Una hermosa y extraña sonrisa
Que, la noche anterior, en sus labios
Pensando en un rezo, quedóse dormida!

Miréla, y de pronto quedéme extasiado,
Admirando sus formas benditas,
Y sus senos: las cúpulas blancas
Del templo de carne de Santa Afrodita!
¡Besadla, Poeta, me dijo mi Musa,
Panal es su boca, bebed ambrosías,
Y sea la lengua, de ardientes rubíes,
La hostia de fuego de su eucaristía!

Su frente tan blanca, tan pálida y tersa,
Semejaba la página nívea
En que Psiquis pintaba sus sueños
Con sangre nevada de rosas lascivas.
Yo miraba en sus curvas ojeras
Las sendas que atraen, las sendas prohibidas,
Las manchas sensuales, los arcos de gloria
Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

Mi Musa me dijo: pedidle á Cupido
Su flecha de fuego, su flecha divina:
¡En el cuerpo sensual de la virgen
Hay dos aves, muy blancas, dormidas!
¡Oh, Poeta, la virgen os llama;
Que sea su cuerpo la lúbrica lira:
¡Los ritmos más dulces los tiene su boca;
Su aliento es un verso de blanda armonía!

¡Oh, luna de amores! Fogoso brillante
Radiaba en la noche de sedas bruñidas,
En el bosque de sombra, aromado,
Que el negro cabello tendido esparcía;
Semejando la Venus de fuego,
Esa reina de crencha encendida,
Que es fúlgido faro en el mar de las noches,
Y blanca azucena en la frente del día!

Acerquéme, temblando: La virgen
Ostentaba la misma sonrisa
Que es novia del beso y hermana del llanto,
Que es pena y reproche, palabra y caricia;

Ostentaba las mismas ojeras:
 Las sendas que atraen, las sendas prohibidas,
 Las manchas sensuales, los arcos de gloria
 Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

¡Gran Dios! Ya eran ríos de vino mis venas,
 Serpientes mis brazos, serpientes mordidas;
 ¡Mi fatal corazón se agitaba
 Cual fiera convulsa sintiéndose herida!
 Y, oh! solemne momento, oh! milagro,
 Apenas la virgen despierta y me mira,
 ¡La fiera y las sierpes quedaron sin fuerzas.
 Y sólo un arcángel sus alas batía!

Julio Herrera y Reissig.

FLOR DE CEIBO

CUENTO

En una excursión que hice á las sierras de Minas en compañía de algunos amigos, picó mi curiosidad los vestigios de una pobre vivienda de la que se retiraba el camino como receloso, en la que había algo de la agreste tienda del indígena y el rancho de nuestros paisanos.

Mayor fué mi sorpresa todavía cuando advertí que se descubrían con respeto los rudos muchachos que nos guiaban, y que sus rostros curtidos y serenos se velaban con una sombra de melancólica tristeza como si la presencia de aquel montón de ramas y troncos evocara un recuerdo penoso en sus memorias.

Esta nueva circunstancia acrecentó aún más mi ya excitada curiosidad, y no pudiendo resistir al deseo de conocer el motivo de por qué se reverenciaba lo que para otro viajero habría pasado desapercibido, traté de hacérmelo explicar por un chinito locuaz en extremo que se prestaba gustoso á narrarnos los hechos más ó me-

nos interesantes que habían dado nombre á los lugares por que atravesábamos.

Pero aquí no pudo dar escape á su oratoria porque no conocía á fondo la verdad. Eran muchas las historias que andaban en bocas de los paisanos; historias absurdas envueltas en el misterio que no habían conseguido otra cosa que arraigar en el espíritu de aquella sencilla gente el sentimiento de la superstición que bien á las claras mostraban persignándose con la beatitud de un penitente delante de cualquier objeto apostado al costado del camino.

Si el chinito no me supo decir algo, no por esto dejó de prestarme sus auxilios, indicándome las señas de un indio viejo que por su prodigiosa memoria constituía algo así como una añeja corteza donde todos escriben su historia, comparación un tanto extraña que me tomo la licencia de hacer por haberse impuesto alguien que el tal indio viejo agrandaba las cosas con los años, aumentando una capa de su inventiva á lo ya dicho.

Mi novelesco personaje vivía en un bajo de la sierra en compañía de dos formidables perrazos de trompas arrugadas y filosos colmillos.

Allí me encaminé tejiendo en mi imaginación todo un romance, porque yo adivinaba en aquellos restos de techos y paredes la más sublime de las leyendas, de esas que después de oirse dejan el alma cansada y sumida en larga meditación.

Casi oculta entre las breñas descubrí la guarida del indio, que no dejaba de parecer interesante verla allí en medio de la soledad más completa y del murmullo de los árboles. Después de los respectivos ataques y retrocesos de la jauría de perros grandes y chicos que me rodeaban con el santo empeño de llevarse un trozo del taco de mis botas, me encontré en el interior de la casucha.

Nada había dentro de particular, á no ser las paredes ennegrecidas por el humo y el fuego casi extinguido al lado de un montón de cueros trenzados sobre el que estaba tirado el indio que apenas si desplegó los labios carnosos y remangó los párpados hinchados que le caían sobre los ojos como una pesada cortina de carne para mostrar que respondía á mis buenas tardes.

Allá va lo que el indio me contó:

En aquellos sitios hace treinta años, un indio alto, de mirada

dura, rudo y de coraje de quien se contaban las hazañas más inconcebibles, sentó sus reales sin que nadie supiera de dónde venía.

Construyó su casa de ramas y cueros y en ella vivió con su compañera, la india más linda de su raza.

La gente de aquellos lugares era mala. Los temibles del pago, celosos ante aquella aparición del indio, se resintieron hondamente, pero mal que les pesara tuvieron que acallar sus ímpetus bélicos y engastar las armas de combate en la paja de los techos, cuando vieron al indio alto ir en busca del yaguareté á sus madrigueras y enlazarse con pasmosa tranquilidad, las víboras más venenosas en el cuello y en las manos sin que éstas lo mordieran.

Otro indio, el que tenía más cimentada su fama de bravo y de terrible, empuñó con más alientos la lanza cuando le relataron las hazañas que llevaba realizadas.

Midieron sus fuerzas sin haber mediado una provocación, un gesto agrio, un ademán altivo; como si aquello fuera inevitable; con la misma impasibilidad de las aguas de dos arroyos que necesariamente tienen que juntarse. En el vado se encontraron; la lucha fué ruda, pero el indio alto fué el vencedor.

El vencido corrió apretándose la herida á ocultarse en la espesura donde fué á llorar la rabia de su derrota.

El coraje lo ahogaba. No pudo resistir más al deseo de vengarse, y bajó á la tienda del indio en son de guerra, con ánimo de provocarlo á un duelo, mas tuvo que bajar la lanza confundido porque los ojos de la india desarmaron su furia iluminando su alma hosca estremecida por los celos y la rabia.

Siguieron muchos días. Otro caminito se hizo desde el monte á la vivienda de la india. Cuando la tarde cae y el silencio se desplomaba en el campo, ella lo sentía acercarse percibiendo las pisadas de su caballo cuando se oían tan débiles que podían confundirse con el murmullo de las hojas en los árboles.

El indio malo contó los suspiros de la india. Algo le dijo en su interior que ella no lo amaba. La garra de los celos la tenía abierta en el pecho y le hirió hasta el alma cuando en sueños oyó á la india pronunciar el nombre de su rival.

Una tarde esperó á que el sol se ocultara detrás de la cima más

alta de la sierra para apostarse entre los matorrales, con el oído pegado al suelo y los ojos fijos en el senderito que bajaba de la sierra sin que él lo hubiera trazado.

Desde allí lo vió todo.

El indio se acercó cautelosamente y le dió una flor de ceibo que ella escondió entre las hebras de su cabellera negra y espesa.

Calló la noche; se incendiaron las estrellas en el cielo y todavía el indio permanecía allí llorando.

¡ Su pena era inmensa! Se le ensanchaba en el pecho y no le dejaba respirar.

El había robado á aquella india nacida en el fondo de la selva donde colgaron sus toldos una fugitiva familia de su raza. Una noche clara la subió á las grupas de su caballo moro y guiado por las « Tres Marías » llegó á la sierra donde creía tener escondido su tesoro lejos del cacique de la tribu que en vano la buscaría de día y de noche.

¡ El indio se incorporó! Una idea extraña lo llevaba al monte. Caminaba aplastando las espinas y empujando las ramas con el pecho sin que su piel sangrase.

Llegó á lo más espeso ; con mano trémula tanteó las hierbas. Él conocía su secreto y separó de un tirón un manojito de tallitos pálidos que vivían pegados al suelo.

Volvió á su tienda; los comprimió entre sus dedos y virtió el jugo en una vasija donde bebía el agua la india.

La aurora iluminó la estancia y le imprimió su reflejo amarillento al rostro cobrizo de la india muerta.

Fueron los amigos á acompañarlo en su dolor, pero se agruparon espantados sin atreverse á entrar, porque el indio no lloraba. Tenía la mirada fija en la frente de la muerta y se reía con una risa terrible y salvaje que daba frío en las venas.

El otro indio, aquel á quien él hizo doblar entre sus miembros de acero fué también cuando la noche se hubo extendido. Se deslizó sin ruido, como un tigre entre la maleza y miró al interior por el hueco que se abría entre las ramas cruzadas malamente rellenas de barro y paja brava.

Él también conocía el secreto de las hierbas. Aquellas manchas violáceas que vió impresas en la frente de la india le revelaron que la había envenenado con el jugo malo de alguna planta.

Un ruido de fiera se escapó de su pecho, y de un salto se puso frente á frente al indio desafiando su coraje con terribles ansias de vengarla...

La lucha fué terrible. El indio alto lo mordió en el cuello, pero esta vez no fué el vencedor, sino el vencido.

La gente de las cuchillas que no durmieron, dicen que antes de que cantara el gallo la luz que brillaba en la tienda del indígena, anduvo vagando sin sosiego por el campo hasta que quedó inmóvil al pie de un espinillo.

Allí el indio cavó una fosa y enterró á la india. Hizo de dos ramas una cruz y señaló con ella la sepultura volviéndose al monte. La luz prendida parecía pestañar con el viento como un ojo enfermo entre las sombras...

.

Treinta años hace. La tienda está en el suelo y el espinillo sigue siempre marcando la sepultura.

Nadie se atreve á acercarse porque dicen que en las noches serenas, cuando la hacienda duerme, se oyen quejidos que parecen brotar del seno de la tierra. Pero desde lejos se ve que la cruz tiene una ramita de flores de ceibo parecida á la que el indio le dió á la india la última tarde de su vida.

El camino real que pasaba por la puerta de la tienda se ha borrado; ahora pasa lejos. El caminito que bajaba de la sierra, ese sí no se ha perdido. Yo creo contra los pobres paisanos, que ven en todo al diablo, que por él baja el indio que todavía vive que viene á renovar las flores á la muerta.

Cuando á mi vuelta de oír esta historia pasé á la vista de la tapera y vi las flores frescas en la cruz de espinillo, volví involuntariamente la cabeza hacia la sierra donde me parecía que me miraba vigilando la tumba de la india.

Manuel Acosta y Lara.

Junio 18 de 1900.

A UNA DAMA

(CARTA ABIERTA)

Señora, la acusación
que contra mí habéis lanzado,
sin motivo ni razón,
francamente, me ha causado
muchísima admiración.

Vuestra carta he releído
varias veces, y aún no sé
qué pecado he cometido;
decidme, señora ¿ en qué
pude haberos ofendido ?

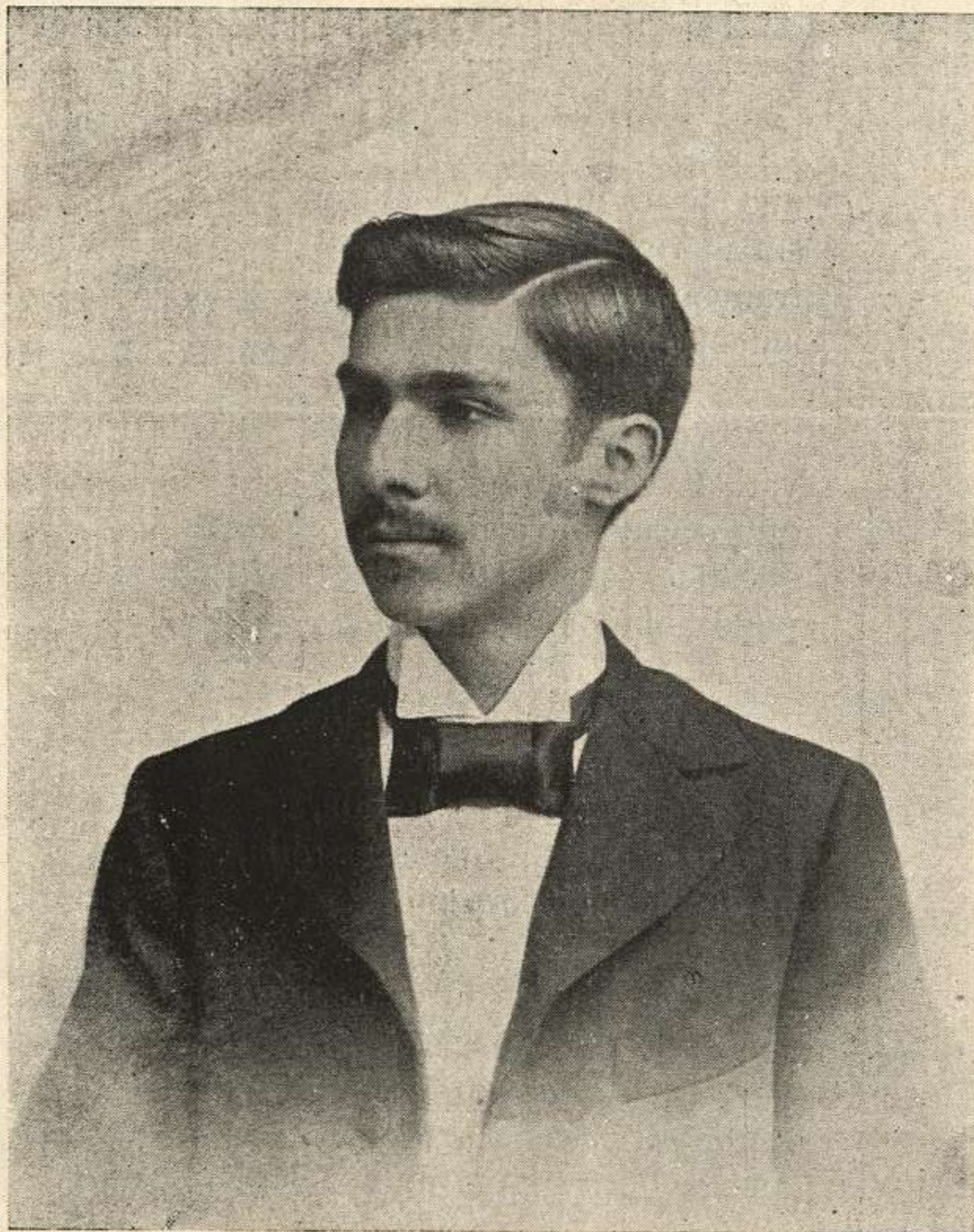
Si, al conoceros tan bella,
os amé con tal pasión
que fuisteis víctima de ella,
prueba es de mi buena estrella,
no de mi mal corazón.

Que me pidáis no es posible
reparación de una falta
que, si es falta, no es punible;
señora, á la vista salta
que pedís un imposible.

Y es profundo mi dolor
al ver, con triste semblante,
que escarnecéis nuestro amor
y me llamáis inconstante,
fementido y seductor.

¿ Fementido yo, señora,
que por vos pierdo los sesos ?
¿ Fementido yo que otrora
con la fiebre abrasadora
del amor os dí mil besos ?

Como ayer vuestra ternura,
hoy vuestra franqueza invoco
¡oh, señora! ¿por ventura
no me visteis, de amor loco,
adorar vuestra hermosura?



VICENTE NICOLAU ROIG

¿No me oísteis, delirante,
juraros una y mil veces
ser á vuestro amor constante...
y muchas otras sandeces
que sólo jura un amante?

Pues si con tanta vehemencia
os amaba, enloquecido...

¿ cómo podéis, en conciencia,
reclamar lo prometido
en momentos de demencia ?

No, no es justo ¡ vive Dios !
ni que os mostréis ofendida
ni que vengáis de mí en pos
exigiendo, enardecida,
que me despose con vos.

Eso es una iniquidad...
Si, echando por esos trigos,
hiciera tal necedad,
¿ qué dirían mis amigos
y qué la posteridad ?

¿ Decís que reparación
demandáis á todo trance ?
Pues bien, no hay más solución
para tan ardua cuestión
que tener con vos un lance.

Si eso es lo que pretendéis,
evitadme más alarmas ;
donde quiera que gustéis,
señora, si lo queréis,
mediremos nuestras armas.

No se ha entibiado mi amor
hacia vos, mas no tolero
que dudéis de mi valor,
iré al campo del honor
como cumple á un caballero.

Basta, pues, de acusaciones,
si batiros deseáis,
que juro por mis blasones
daros las... satisfacciones,
señora, que vos queráis.

Vicente Nicolau Roig,
Español.

Buenos Aires, Junio de 1900.

HILACHAS

Entre nuestras manías está la de criticar las cosas, no por sí mismas, sino por sus derivaciones ó sus procedencias. Somos como los chicos de escuela que se admiran de la verdad, para ellos muy dudosa, de la caída en el vacío, en tiempos iguales, de dos cuerpos de volumen diferente. No queremos creer que una piedra cae del mismo modo que una paja. Y lo digo porque, en cuestiones intelectuales todo el mundo cree que la liviandad y las ligerezas acompañan á los pequeños.

El criterio de que hablo no puede ser más estúpido. Cree que los frutos de gran tamaño y exquisito sabor no pueden ser producidos sino por los grandes árboles. Los pequeños no dan más que bellotas. Lo que es antinatural evidentemente. Porque ninguno de estos colosos produce gérmenes de esos que se hacen carne en las más ricas pomos. Han gastado las energías en sus tejidos musculosos de negaterios de la Flora.

Y ese criterio es el que recoge, al nacer, los frutos de la juventud; el que los ve mezquinos porque son de muchachos. Y más aún: creo que ese criterio es el que habla de nuestra inercia; el que nos corta la cabeza y quiere que vivamos!

Cierto es que el árbol joven necesita cuidados para desarrollarse normalmente. Pero para esto no se cortan sus brotes superiores! Se trata, simplemente, de encaminarlos hacia lo alto desembarazándolo de obstáculos. Cada uno de los embriones que se le arraquen representa una rama y muchas flores y frutos. En todo caso, puede cortarse ésta más tarde si las flores no son olorosas ó los frutos no son sabrosos.

Dejemos que las gemas se abran como cráteres de vida; y que surjan las ramas, y las hojas, y las flores, y los frutos. La anquilosis debe aislar las podredumbres; y no entreabrir arterias y hacer válvulas de escape para la vida!

José M. Quevedo,
Argentino.

La Plata, Junio de 1900.

POË

Mojó en la sangre del dolor acerbo
su estrofa de penumbras. Rememora
su queja, la agonía de una aurora
rimada entre los pétalos de un Verbo.

¡ Oh Job sin Palestina! Pobre siervo
del Mundo y los Errores... Cuando implora
quiere una estrella en el azul. ¡ No llora!
¡ Job no lloraba su dolor protervo!

Marchó al grillete del Horror sujeto
llevando á Triboulet y á Rigoletto
en su alma, cual astros sobre el lodo;...

Y fué un César ideal, lejos de Roma,
un buitre con ensueños de paloma
y un ángel con perfil de Cuasimodo!

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, en Otoño del 900.



ETÉREA

Quisiera urdirte una hamana,
Más liviana que la niebla,
Con los besos que la luna

Del lago en las ondas quiebra,
 Y colgarla de dos nubes,
 Bajo el velo de una estrella,
 Para que allá eternamente
 Los ensueños te mecieran,
 Sin que rozara tu manto
 Sobre el polvo de la tierra.

Pedro J. Naón,
 Argentino.

Buenos Aires, 1900.

MORVÉN

BALADA

En la costa bretona, acantilada,
 La mar triste murmura
 Del alma de Morvén enamorada
 La eterna desventura.

En el *dolmen* de Armórica sagrada,
 Del *druida* victimario
 Ya no levanta el hacha ensangrentada
 Retumbo funerario.

Ven, virgen de los galos venerada
 En el *dolmen* te sienta,
 En la playa la mar duerme callada,
 Pasó ya la tormenta.

Ven, hija de Bretaña, recatada
 Morvén aquí te espera,
 No hagas que sea su ilusión dorada
 Sólo vana quimera.

¿Por qué, ingrata, la playa desolada
 Que el vendaval azota,
 No cruzas ya, en raudo giro alada,
 Como blanca gaviota?

¿ Por qué en la *landa* de carnac,alzada
De escuetos monolitos,
No escucho el eco de tu voz amada
Pura cual nuestros ritos ?

¿ Por qué niegas la luz de tu mirada
A quien te amó constante
Y en noche de dolor glacial, helada,
Vaga cual sombra errante ?

El Sol, en su postrera llamarada,
Contempla mi agonía ;
La Muerte, con su mano descarnada,
Marcó mi último día.

Ya no veré la luz de la alborada,
La noche es mi sudario,
La piedra del *dolmen* ensangrentada
Mi cipo funerario !

De la virgen bretona, desdeñada
El alma de Morvén voló á la altura,
Y en la costa de Armórica sagrada,
Eterno, canta el mar su desventura.

Adriano M. Aguiar.

Abril, 1900.

CASTO ARDOR

Apareció fría é indiferente en su desnudez suprema, en su cínica despreocupación, toda erguida y majestuosa, envuelta en las ondas de luz, que arrancaban de sus caderas, líneas brillantes como si sus contornos los hubieran coloreado de argento. De la cabellera leonada, de ese rubio que simula flameo de volcanes, que hace creer en la pasión y hasta en la sensualidad, pendían gotas de agua que oscilaban un momento, y después de deslizarse voluptuosamente por las curvas admirables de sus piernas, caían al suelo formando un rastro perfumado.

En el espejo, su figura se copiaba amorosamente, y en la silla de damasco azul, reposaban, el tocador de fina batista rodeado de encajes; la camisa de seda arrugada, las medias largas prontas á ceñir redondeces; y en el suelo, calentitas y pequeñuelas, las babuchas de raso, provocadoras en su tamaño, denunciaban el pie, pie torneado y delgadito que ahuecaba la brillante tela con mohines de comodidad; mientras, revoltosas, serpenteando entre dos libros que habían esparramado sus hojas, las ligas anchas y blancas, en cuyo broche se abría un lazo minucioso y coquetón.

La alcoba era casi nido, un ambiente de virgen mezclaba su perfume al del pebetero de bronce; en sus alegres colgaduras la cama revelaba toda inocencia; y en el tocador, sobre el mármol negro, entre los mil objetos de nacar quemado, de oscuro carey; entre los programas de conciertos y los periódicos de salones; entre los botes de carmín y las cajas de polvos, los cepillos de mango de plata y los ramos de violetas muertas, cuadrado estuche de oro cuya tapa estaba abierta, mostraba finísimo pomo rodeado de jeringuillas, de imperceptibles agujas, que habían mordido cariñosamente más de una vez los brazos satinados de Sibila, la niña de cabellos rojos y ojos de topacio, que desnuda completamente comenzaba su tocado aquella tibia noche vernal.

Con los brazos sacudió su cabellera que al herirla la luz, chispeó como si el fuego de su color reverberara con el movimiento, y ya ante el espejo que la copiaba amoroso, comenzó á secar su piel fina cual rosácea seda, haciendo desaparecer de cada poro, la gota que fingía una perla y cobrar la tersura la piel antes húmeda.

De contorno alzaba el pecho sus dombos de alabastro coloreados en la cima con celajes de rosa, cuyos círculos se ensanchaban hasta redondear la base; la línea seguía ondulante, combando en la cadera que se alzaba altiva y copulante, bajaba suave y disminuyendo hasta la pierna y estrechaba en forma de anillo cerca del pie sonrosado cuyas uñas parecían camafeos de carmín.

Sibila miró al espejo, se vió mujer, terminada con sus encantos atrevidamente provocadora, sonrió á sus brazos suaves y blancos, á sus senos erectos y duros, y satisfecha de sus veinte años, pensó en las promesas que el amor le reservaba, sus pasiones sofocadas por el frío glacial de su temperamento de rubia; recordó que al

iniciarla sus compañeras de convento en los ritos del sensualismo, sintió ascos y ganas de llorar, que le daban repugnancia las ardientes palabras de algún galán, y pensó que el goce de la materia es inútil, hastiadísimo y bestial ante el vicio sublime de la morfina, compañera fiel del desesperado, ante el opio que envenena sonriendo, y dos lágrimas brotaron de sus ojos rasgados á la egipcia que simbolizaban misterios de esfinges y presentimientos de pitonisas, y apoyando la frente sobre el espejo estrechó su cuerpo abrasador al cristal helado é impasible, y adoró sus formas mórbidas como gruesos pétalos de una gardenia de carne.

Amaba. Un momento de pasión la había enardecido, su efigie le daba fiebre, se había sentido hembra ante su carne, palpitó ante sus encantos, quemó la sangre su cutis, y un cerco de hierro ciñó sus sienes, y mientras jadeante suspiraba zumbándole los oídos con un ruido tenaz, fueron doblándoseles los miembros hasta que rodó sin sentido... y en tanto la luz hería las hebillas de las ligas que serpenteaban entre dos libros que al caer habían esparramado sus hojas!

Francisco García Cisneros,
Cubano.

New-York.

A LUIS BERISSO

EN EL DÍA DE SU BODA

Al unirte ante el altar
á aquella que como esposa
en tu existencia virtuosa
sabrás digno conservar;
mi lira vengo á pulsar,
aunque sus notas el viento
las apague en su lamento;
aunque vayan á morir
donde no alcanza á salir
el sol que vemos brillar.

De ella podrás tú exclamar:
 —Llevo un ángel por esposa
 con labios color de rosa
 que guardan perlas del mar
 y suave aroma de azahar;
 con sedosa cabellera
 que á una odalisca sirviera
 para hacer de su sultán,
 el más sumiso galán
 que se pueda imaginar.

Mas ese ángel, á su vez,
 de ti podría decir,
 —seguro de no mentir,
 con hermosa sencillez,—
 sin rebajar la altivez
 de su corazón amante:
 —A más de un genio brillante,
 llevo en Luis, bondad, cariño:
 « ¡tiene el corazón de un niño,
 y el aliento de un gigante! »

Rodolfo Díaz Olazábal.

Buenos Aires de 1900.

LA ESCUELA Y EL HOGAR

En las sociedades democráticas en donde prevalece la idea de progresar á fuerza de vapor y á velocidad eléctrica, todos prestan atención preferente á la escuela, sosteniendo que la instrucción es el *todo*.

Pero este, como todos los pesimismos, es mal director; es preciso no enceguecerse por el anhelo apasionado de ensanchar la escuela á costa de algo quizá más caro que ella: el hogar.

No necesitamos encarecer la importancia que tiene en los resultados finales el engranaje armónico y movimiento simultáneo de las ruedas de una maquinaria; pero sí recordaremos, que en el orden social, educativo é intelectual, ocurre lo propio que en el funcionamiento mecánico.

Si cargamos la fuerza motora á un solo punto, se desquicia el conjunto, se desequilibra el cálculo, decae el nivel y perece la construcción.

Y es precisamente en estos países de América en donde la sociedad se desquicia debido á un pequeñísimo detalle semejante al clavo de la herradura de que nos habla Franklin, por cuya falta perecieron caballo y caballero. Ese detalle es el de los horarios escolares, en cuya discusión han terciado muchas señoritas educacionistas dotadas de toda clase de merecimientos científicos y escolares, pero con la carencia de ese gran telescopio que la naturaleza ha puesto en el corazón de la mujer para investigar la sociología y la psicología. Hablamos de la maternidad.

Y la invocamos, para probar que el empeño de sustentar la escuela está asolando el hogar y enrareciendo el amor patrio, porque en el hogar está el germen del amor á la patria dulcemente nutrido en el amor de familia.

Bien, pues.

Con el horario continuo que rige en las escuelas, queda deshecho el lazo que une á padres é hijos estrechándolos día á día por la intimidad del trato, por el consorcio de ideas y por las expansiones de familia.

El horario continuo ha logrado convertir cada casa en un desierto á las horas en que se recibe la educación del hogar, verdadera educación que refleja en cada hijo el modo de ser de los padres.

Las horas de las comidas.

Deteneos á contemplar por un momento una de esas casas que tienen la fortuna de contar cuatro, seis, ocho, diez hijos, y ved, en las horas de la fruición del alma y del sustento del cuerpo, solos, casi hastiados y tristes al padre y á la madre; á ésta con el corazón amargado encontrando en cada vianda regalada, en cada fruta incitante, un dolor en vez de un placer. ¿Cómo tener placer una madre cuando la mesa está desierta de los ángeles del hogar, como si cada silla vacía le hablase con la elocuencia de las lágrimas, le hablase del hijo, que, enclenque y débil, está en el suplicio de la escuela, nutriéndose de golosinas que jamás confortarán su cuerpillo bello y delicado?

El padre, taciturno y mal humorado, ya no tiene tampoco el enjambre bullicioso que distraiga su mente del peso abrumador de los negocios, dándole el dulce oasis de la familia en medio de la lucha por la vida; ya no goza con la pregunta del uno ni con la contradicción del otro, ni ve, en fin, los momentos de rosada luz en que se siente reproducido en todos esos pequeñines que harán de su casa un templo y de su apellido una gloria.

¿Y el escolar?

Ha salido de su casa mal alimentado, porque apenas si han mediado minutos entre la hora de dejar el lecho, atender á las labores indispensables del aseo y la hora de marcharse para volver á la noche.

Esta mala alimentación, como han probado sin discusión posible ya los higienistas, es la causa de toda clase de enfermedades, comenzando por el raquitismo y terminando en algo que es monstruoso considerar: la degeneración de raza y la carencia de sentimientos generosos.

Mens sana in corpore sano.

Jamás resaltó la verdad de este aforismo de Aristóteles con mayor evidencia que en nuestros días.

¿Queréis nutrir el alma?

Fortaleced el cuerpo.

¿Queréis que la patria brille por sus hijos?

Fortaleced el hogar.

¡Ah! Si nos detenemos á profundizar la consistencia de los argumentos que aducen los partidarios del horario continuo, encontraremos que ellos se esfuman ante el rigor de la lógica, de la higiene y del amor bien entendido, que los que educan tienen por los pequeños arbolillos confiados á su cuidado para el crecimiento, desarrollo y fruto.

Las grandes distancias que hay que recorrer; este es uno de los ganchos de que se asen los que abogan por el horario continuo y se olvidan de que, es precisamente el ejercicio corporal después de los alimentos lo que contribuye á la mejor digestión y á preparar la mente para sus labores.

Cuidando de la buena alimentación del cuerpo, del ejercicio corporal; provocando las expansiones domésticas, educándolos con el

ejemplo en casa y la doctrina en la escuela, es como llegaremos á restaurar el hogar para que la Patria se enorgullezca con nobles campeones de la idea, que así cuidaron del vaso que contiene el espíritu para cuidar el espíritu mismo.

Y vendrá la generación atlética de pensamiento nutrido, de acción heroica.

Conjuremos el mal atacándole en su base.

Miremos primero el hogar y después enaltezcamos la escuela.

Clorinda Matto de Turner,

Peruana.

Buenos Aires, 1900.

NOTAS LEJANAS

Para LA REVISTA.

A veces de noche en la calma solemne me trae la brisa,
cual vagos suspiros de penas ocultas, dulcísimas notas
de música aérea que en mi alma despierta ternuras y lágrimas,
queridos recuerdo que guardan de amores tristísima historia.

Las notas lejanas me fingen suspiros callados y quejas;
de noche en las horas sombrías tristezas y ensueños me evocan,
y envuelto en silencio de tumba contemplo con ansia infinita
el triste cortejo de penas pasadas que el sueño transforma.

¡ Oh noche profunda! parece que extraño lenguaje me habla
de todos tus hondos arcanos, de todos tus ruidos y sombras,
y encuentro en las notas lejanas que trae la brisa errabunda,
tristeza infinita que mi alma recoge en sus sueños á solas.

Manuel S. Consuegra,
Colombiano.

Barranquilla, 1900.

EL ÚLTIMO TRIUNFO

Para Lorenzo N. Cherone.

El áureo París, derrama sobre el orbe el antiguo reflejo que brotaba de la Atenas marmórea... Ante esa capital mágica, se extiende un inmenso océano de ensueños...

Rubén Darío.

— Yo no soy nada!— decíase en uno de sus interminables monólogos, aquel joven poeta que había triunfado noches antes en la escena y se había impuesto á un público rehacio á todo aquello que implicase un esfuerzo, una obra de aliento, un triunfo de la juventud pensadora, esa juventud que se destaca siempre con los lineamientos de su futura grandeza...

— Yo no soy nada!— se decía con amargura, sin preocuparse en su desesperación, de agradecer las felicitaciones que recibía de sus admiradores, de todos aquellos hombres, ya viejos, que lloraban de alegría al recordar el triunfo de aquel imberbe, que al recibir los aplausos de un público entusiasta, al ser objeto de las más ruidosas ovaciones, se mostraba huraño, fríamente hostil, para con aquel público humillado, que proclamaba sus triunfos, y lo aclamaba, delirante, con rabioso frenesí...

Alberto sufría con aquellas manifestaciones de entusiasmo. No era el mismo Alberto de antes; el alma de aquella Bohemia triunfadora; el poeta ambicioso de palmas y de flores, que quería imponerse con sus obras, para compartir las alegrías del triunfo con su Esther, la mujercita encantadora que inspiró muchas de sus estrofas, la de los ojos verdes, como la eterna prometida del desgraciado hijo de Almenar, el de la leyenda becqueriana...

Sus amigos, sus camaradas, aquellos bohemios que habían festejado con grandes orgías,— alternando con bacantes desvergonza-

das — el triunfo del compañero; que habían derramado ajeno, mucho ajeno á su salud, y que en el delirio del entusiasmo, habíanle comparado con Verlaine— *Papá Paul*, como llamaban cariñosamente al maestro, el de las estrofas esculturales, modeladas en cobre viejo; — sus íntimos, los que fueron sus confidentes, no comprendieron jamás aquella apatía, aquella insensibilidad del colega, que en la cima, satisfechas sus generosas aspiraciones, sólo sonreía con sonrisa diabólica,— casi una mueca,— que revelaba, más que alegría, dolor, dolores intensos; más que agradecimiento odio, un odio feroz...

Estaba cansado, tendido en un sofá, envuelto en una nube espesa de humo, con la cabeza de cabellos rubios, ensortijados, caída sobre el hombro, y los ojos sin brillo, sin expresión, de mirada vaga, fijos en el techo, revelando la completa abstracción del espíritu de aquel luchador. Soñaba!

Como todos los hombres que han satisfecho todas sus ansias, en medio del cansancio de la lucha, sentía nuevos anhelos, quería más, mucho más... no le bastaba aquel triunfo.— Mi triunfo no es completo,— se decía — aún no he visto París; aún no soy nada!

— París... allí reciben el óleo, el pan eucarístico de la consagración, todos los artistas, todos los virtuosos, los que llevan en sus frentes el « estigma del talento ».

París, París... ¡ Felices los bohemios que se sienten asfixiados por la atmósfera envenenada de París, esa atmósfera enervadora, saturada de esencias, de perfumes exóticos y emanaciones de absinthio!... Felices los que viven bajo el palio azul de París, aquel cielo purísimo que cubre la ciudad mágica, la ciudad encantada, como un manto de turquesas ciñendo un cuerpo de mujer púber, de senos turgentes, de caderas que se cimbran con el ritmo de la belleza suprema, un cuerpo de virgen con todas las fascinaciones de sus formas escultóricas!...

Benditos los poetas, que nos hacen ver en nuestras ensotraciones la patria de todos los artistas, los que han oficiado en el altar de las dignidades protectoras, esos que sienten arder en sus cerebros la llama inextinguible del genio!...

Benditos los que nos hablan de París en prosa aristocrática, introduciéndonos en la patria ideal de todos los soñadores, « los peregrinos del amor y del arte, los adoradores de la vida, que van á ella á cortar las rosas que curan con su perfume las ponzoñas de las víboras hiperbóreas, las somnolencias de las filosofías brumosas » ...

París... yo tengo mi París... un París extraño, en el rincón más oculto de mi cerebro... Un París ideal; una bohemia eterna de interminables orgías, donde se derrama ajeno... una mesa redonda, y en el centro, en el puesto de honor, *papá Paul*, durmiendo eternamente, soñando sus sueños de ebrio, y forjando en medio de aquella incesante agonía sus estrofas valientes...

Oh mi París...

Y aquel muchacho se durmió profundamente, con la obsesión de su París, sintiendo la nostalgia de su país ideal, de su lejana tierra...

Alberto cayó enfermo. Una fiebre maligna puso en peligro su vida. Estuvo enfermo, muy enfermo... Pobre poeta! Tenía la obsesión de París y devoraba en silencio sus pesares, con esa tenacidad característica de los seres reconcentrados para el dolor.

Alberto se moría. Quería ver París. En sus noches de insomnio, esas noches terribles en que el delirio lo vencía, en medio de palabras sin sentido, pronunciaba siempre el nombre maldito: París..., desesperando á sus amigos, que no podían aplacar el mal, y no comprendieron la causa.

Por fin, pasada una larga quincena, consiguieron vencer la fiebre. Su convalecencia fué larga, pero la cura no fué radical. Jamás pudo extirpar de su cerebro aquella obsesión que lo mataba brutalmente...

—Cuántas veces lo hemos visto sollozar y pronunciar ese nombre maldito,— decían sus amigos,— contemplando el plano de la ciudad eterna, la ciudad del Arte.

Su novia, la prometida del poeta, le oyó muchas noches, en medio de sus pláticas amorosas, nombrar á París, como la suprema aspiración de su alma, como la cima, el templo donde recibiría la consagración de sus triunfos.

Alberto se sentía cansado, vencido por el tedio, ese mal que consume, ese mal que aniquila...

Una tarde en que se sentía devorado por la tristeza, la nostalgia de la ciudad mágica,—llamó á sus amigos, á sus íntimos, y les pidió que después de muerto, lo condujeran á París. Quería descansar bajo el cielo azul de Francia...

Sus amigos sonrieron tristemente, pero Alberto les arrancó en aquel momento solemne, la promesa de que así lo harían...

Se sentía morir... Quiso despedirse de su Esther, pero no pudo; estaba cansado ya de la lucha, y se rendía á su enemigo invisible... Escribióle su última carta, su eterna despedida, pues conocía los progresos que había hecho en su organismo, después de la pasada crisis, su antigua, mortal afección.

Era un mal hereditario, uno de esos males que pesan sobre los hijos como una maldición de sus antepasados y como una ironía cruel, una horrible injusticia de la Naturaleza, de la madre común!

La carta, escrita en los últimos días del poeta, fué un postrer destello de un genio que se eclipsa... El poeta había volcado en ella toda la amargura, toda la hiel, toda la ponzoña que el dolor había depositado en sus entrañas. Pero sobre toda aquella amargura parecía flotar un manto invisible, sublime de resignación. Parecía que el poeta hubiese vislumbrado su París, su ciudad querida, más allá de la tumba, más allá de la muerte...

Esa carta era un último grito del alma. Esa carta decía así:

Esther:

Estoy triste!—Tú no ignoras la causa.—Sufro la nostalgia de mi país azul, el mal del destierro.—Estoy enfermo.—Tu pobre poeta, el de las estrofas pálidas, que adora en Stephane Mallarmé y aspira á beber en la copa de Verlaine, está cansado.—Los que lo creían un hombre de temple, un carácter, se engañaron. Tu poeta ha perdido ya el último átomo de energía.

Estoy enfermo... El spleen que mató á Garrick, el célebre actor, allá en el país de la niebla y de los días sin sol; ese mal que

es para Schopenhauer la fuente del instinto social, me consume, me aniquila. El hastío es un mal canceroso.

Ya no puedo rimar estrofas. Hay sombras, muchas sombras en mi cerebro. Mi lira está enlutada. El hastío depositó en ella un ósculo frío como la muerte.

Quiero hablarte de mis amores azules, quiero cantarte, á ti, la de las pupilas verdes, mi amada imposible, pero no puedo. Sufro mucho. Yo no puedo decirte todo lo que siento. Te haría daño. Tú no puedes saber de dolores y de amarguras intensas. Si yo te revelara todo lo que por mi cerebro pasa, todo lo que en él bulle, te espantarías.

Ya estoy viejo. Mi organismo se ha gastado. Y la decrepitud, la miseria humana no puede, en su brutal experiencia de la vida, hablar á la juventud, á la inocencia, sin temor de manchar la pureza, el armiño de su traje de eterna prometida, de desposada ideal. Ya estoy viejo. Tengo frío en el cerebro. Ha caído mucha escarcha sobre mi alma y se han marchitado todas mis ilusiones y han muerto todos mis entusiasmos juveniles!

¡Qué triste es, Esther, qué doloroso el invierno de la vida, la última caída de las hojas!

¡Mírame! Mis pupilas sin brillo, mi frente intensamente pálida, mi flacidez, ¿no te hablan de dolores intensos, de sufrimientos espantables, de desengaños crueles, de eternas desesperanzas? ¿No traes miedo? ¿No te espantan los males que atenacean mi alma? ¡Oh! Tú, la buena, la niña hechicera, compadéceme.

No, no llores, Esther, no llores; huye de mí. Busca un príncipe de armadura de plata, que rompa lanzas en los juicios de Dios... Espérale. Él llegará. No lo dudes.

Como Lohengrin, se te aparecerá surcando la onda azul en su barca reluciente, conducida por un blanco cisne... Espérale con tu traje de desposada... Verás cómo saludan al gallardoso caballero las flores azules del Loto, las flores sagradas!

Espérale. Sólo él es digno de desposarse con la bella Elegida, « la eterna prometida de todos los poetas »...

Síguelo. Él te conducirá á una isla lejana donde sólo pueden arribar la barca reluciente del cisne, y el barco-fantasma hecho con uñas de muerto...

En cuanto á mí... mi otra prometida me espera. No tiene celos de ti. Me ha visitado varias veces en mis noches más negras. Es muy pálida. He querido besarla, pero ha huido de mí. Volverá pronto, muy pronto. Tal vez luego, y para entonces me ha prometido un abrazo estrecho, muy apretado. Me ha dicho que me dará frío, mucho frío... Ofrecióme palacios suntuosos y ajeno, mucho ajeno, en la copa de Verlaine, el borracho sublime...

Luego, falto á la cita. No me esperes más. Compadéceme, tú, mi amor imposible, mi bella prometida. Tengo fiebre y estoy intranquilo. Estoy postrado, completamente abatido. Siento frío, mucho frío... ¿Cuándo acabará este drama cuyo final presiento?

Cuando veas aparecer al príncipe de la armadura de plata, síguelo. Él te conducirá en su barca misteriosa á la tierra lejana, do Himeneo ha construído su alcázar soberbio.

Yo te precedo en el barco-fantasma, con mi eterna prometida, la amante enlutada, pálida, muy pálida, que viene de lejanos horizontes á estrecharme en ese abrazo que me dará frío, mucho frío, en el corazón y en el cerebro...

Alberto.

¡ El poeta murió !

Su agonía fué lenta, pero tranquila. Ni un reproche se escapó de sus labios marchitos. Sólo mostraba aquella sonrisa diabólica, casi una mueca, que nos dió miedo, la noche de su primer triunfo.

Con su último suspiro brotó de sus labios, arrancada al fondo de su alma, la palabra maldita : París...

Tal vez, al abrir en el último espasmo, sus pupilas azules, hubiese visto allá en el fondo del abismo en que se hundía, el cuerpo de virgen púdica, de formas escultóricas de la ciudad mágica, bajo su palio azul como un manto de turquesas...

Cuando aquellos luchadores de la idea, celebraban sus orgías, no faltó nunca una voz conmovida, que, alzándose sobre aquella batahola de gritos y de ruidos, recordase al co-bohemio, que descan-

saba en un triste cementerio de París, en una tumba olvidada, y que desprecian los viajeros ignorantes de toda la grandeza que encierra aquella fosa abandonada á la sombra del árbol de las tumbas, el árbol que se alimenta con la sangre de los muertos...

Justino Jiménez de Aréchaga (hijo).

Otoño de 1900.

LAS MESALINAS

Dedicado á mi amigo M. S.

Cuando la voz de la razón no escuches,
Y encuentres en la orgía el abandono,
Dirás: estas mujeres me engañaron,
Las aborrezco; nunca las perdono.

A tus solas pensando en tu pasado,
Renegarás después sin más testigo
Que las penas, que el alma te llenaron
Por desoir consejos de un amigo.

La mujer, cuando pierde la pureza,
Y el interés la guía sin amor,
Se parece á una flor en la maleza
Donde no puede acariciarla el Sol.

¡Huye de ellas! que todo es farsa pura,
Sus besos, sus promesas y sus cantos.
Desprovista de halagos y ventura
Su vida es una vida de quebranto.

Ludovico Melo.

Febrero 16 de 1900.
